

# LA SANIDAD DIVINA

**Andrew Murray**

Traducido por Eliud A. Montoya



**PALABRA PURA**

## La sanidad divina

Copyright © (traducción) 2020 por Eliud A. Montoya

Todos los derechos reservados.

Derechos internacionales reservados

ISBN: 978-1-951372-03-3

Las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Apreciamos mucho honrar los derechos de autor de este documento y no retransmitir o hacer copias de éste en ninguna forma (excepto para el uso estrictamente personal). Gracias por su respetuosa cooperación.

Diseño del libro: Iuliana Sagaidak Montoya

Editorial: Palabra Pura, [palabra-pura.com](http://palabra-pura.com)

Categoría: Religión /Iglesia cristiana /Crecimiento

Confiamos que la lectura de este libro será de gran bendición para su vida. Mucho nos ayudará a seguir adelante si nos otorgara tan sólo un minuto de su tiempo para escribir [un comentario](#) respecto a [este](#) libro. Si desea, puede participar en el sorteo de un libro en papel gratis (el libro que usted escoja de nuestra librería <https://www.palabra-pura.com/libros-cristianos/> con envío gratuito en EE.UU.) si nos envía la prueba de que escribió un comentario en Amazon. Estamos regalando un libro por cada diez comentarios en Amazon. Puede enviarnos esto a [info@palabra-pura.com](mailto:info@palabra-pura.com)

# TABLA DE CONTENIDO

Prefacio

1. El perdón y la sanidad
2. Por vuestra incredulidad
3. Jesús y los médicos
4. Salud y salvación en el nombre de Jesús
5. No es por nuestro poder
6. Conforme a la medida de fe
7. El camino de fe
8. Tu cuerpo es el templo del Espíritu Santo
9. El cuerpo es para el Señor
10. El Señor es para el cuerpo
11. No consideres tu cuerpo
12. La disciplina y la santificación
13. La enfermedad y la muerte
14. El Espíritu Santo, el Espíritu de sanidad
15. La oración persistente
16. El que ha sido sano glorifique a Dios
17. La necesidad de una manifestación del poder de Dios

18. Pecado y enfermedad
19. Jesús llevó nuestra enfermedad
20. ¿Es la enfermedad un castigo?
21. La prescripción de Dios para el enfermo
22. Yo soy Jehova tu sanador
23. Jesús sana al enfermo
24. La oración ferviente y eficaz
25. La oración intercesora
26. La voluntad de Dios
27. La obediencia y la salud
28. La enfermedad de Job y su sanidad
29. La oracion de fe
30. Ungir en el nombre del Señor
31. Salvación completa: nuestro gran privilegio
32. Vosotros sois los pámpanos

## PREFACIO

**L**a publicación de esta obra puede ser considerada como un testimonio de mi fe en la sanidad divina. Luego de estar detenido por dos años en el ejercicio de mi ministerio, fui sanado por la misericordia de Dios en respuesta a la oración de quienes confiaron en Aquel que dijo «Yo soy Jehová tu Sanador» (Éxodo 15:26).

Esta sanidad, otorgada por la fe, ha sido la fuente de mucha riqueza espiritual para mí. Así, he visto claramente que la Iglesia posee en Jesús, —nuestro Médico divino—, un tesoro invaluable, el cual no sabe realmente cómo apreciar. He querido por esto, ir de nuevo a la palabra de Dios, extraer de Ella lo que nos enseña sobre este importante asunto, y lo que Dios espera de nosotros en respuesta; porque sé, que si los cristianos aprendieran a reconocer de manera práctica la presencia del Señor que nos sana, su vida espiritual sería de esta manera desarrollada y santificada. No puedo por tanto permanecer en silencio, y publico aquí una serie de meditaciones con el fin de mostrar, de acuerdo con la palabra de Dios, que la «oración de fe» (Santiago 5:15) es el medio establecido por Dios para sanar

al enfermo, y que este pensamiento está perfectamente en concordancia con el resto de las Sagradas Escrituras; y que el estudio de esta verdad es esencial para todo aquel que quiera ver al Señor manifestando su poder y su gloria en el medio de sus hijos.

—Andrew Murray



## CAPÍTULO I

# EL PERDÓN Y LA SANIDAD

*«Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dice entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa» (Mateo 9:6).*

**H**ay dos naturalezas combinadas en el ser humano: él es al mismo tiempo espíritu y materia, cielo y tierra, alma y cuerpo. Por esta razón, por un lado, es hijo de Dios y por el otro, está destinado a destrucción debido a la Caída; el pecado en su alma y la enfermedad en su cuerpo dan testimonio del derecho que la muerte tiene sobre él. Y es ahí, en esta naturaleza dúplice, en donde la redención otorgada por la gracia divina tiene lugar. Cuando el salmista invita a todos a bendecir al Señor por sus beneficios, él exclama: «Bendice, alma mía, a Jehová ...Él es quien perdona todas tus iniquidades, Él que sana todas tus dolencias» (Salmos 103:2-3). Cuando Isaías predice la liberación de su pueblo, él agrega, «No dirá al mora-

dor: Estoy enfermo; al pueblo que more en ella le será perdonada la iniquidad» (Isaías 33:24).

Esta predicción fue cumplida en su totalidad cuando el Redentor vino a esta tierra. ¡Cuán numerosas fueron las sanidades que Él realizó, cuando vino a establecer su reino a esta tierra! Ya fuera por sus propios actos o posteriormente, por el mandato que Él dejó a sus discípulos, el Señor nos muestra claramente que la predicación del Evangelio y la sanidad del enfermo siempre estuvieron juntos en la salvación que Él vino a traer. Ambas cosas dan prueba evidente de su misión como el Mesías: «Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio» (Mateo 11:5). Jesús, quien adquirió la naturaleza humana, es decir, tanto el alma como el cuerpo de esa naturaleza, libera a ambas cosas —en igual medida— de las terribles consecuencias del pecado.

No existe verdad más evidente o mejor demostrada que la historia del paralítico. El Señor Jesús comienza por decirle: «Tus pecados te son perdonados,» luego, el agrega, «levántate y anda». El perdón de pecados y la sanidad de la enfermedad se complementan mutuamente ante los ojos de Dios, pues Él ve la



naturaleza humana entera; así, el pecado y la enfermedad están tan íntimamente unidos, como lo están el cuerpo y el alma. De acuerdo con las Escrituras, nuestro Señor Jesús ha considerado el pecado y la enfermedad bajo un lente distinto al nuestro. En cuanto a nosotros, el pecado pertenece al ámbito espiritual; sabemos que a un Dios justo no le agrada el pecado, que es algo que Él justamente condena; mientras que la enfermedad, por el contrario, parece ser simplemente parte de nuestra presente condición, es decir, parte de la naturaleza humana, y que no tiene nada que ver con la condenación de Dios y su justicia. Algunos otros van más allá, y dicen que la enfermedad es inclusive prueba del amor y la gracia de Dios. Sin embargo, ni las Escrituras —ni aun Cristo Jesús— jamás habló de la enfermedad en esos términos, nunca ninguno en la Biblia presentó la enfermedad como una bendición, como una prueba del amor de Dios, y que por tanto, deberíamos sufrirla con paciencia.

El Señor habló a los discípulos acerca de los diversos tipos de sufrimientos que ellos deberían de sufrir, pero cuando habló sobre el tema de la enfermedad, siempre se refirió a ella como algo maligno, algo causado por el pecado y por Satanás, algo de lo que siempre deberíamos ser liberados. Muy solemnemen-

te, el Señor declaró que todo discípulo tendría que llevar su cruz (Mateo 16:24), no obstante, nunca enseñó que una persona enferma debería resignarse a su enfermedad. En todo lugar en donde Jesús sanó a los enfermos Él presenta la sanidad como una de las virtudes que pertenecen al reino de los cielos. Tanto el pecado en el alma como la enfermedad en el cuerpo, ambas cosas atestiguan del poder de Satanás, y «Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo» (1 Juan 3:8).

Jesús vino para liberar a los hombres del pecado y de la enfermedad a fin de dar a conocer el amor del Padre. Siempre podemos observar juntos el perdón de pecados y la sanidad del cuerpo en las acciones de Cristo, en sus enseñanzas y en lo realizado por sus apóstoles. Sin duda alguna, ambas cosas aparecen como problemas resueltos, en la medida del desarrollo de la fe de aquellos a quienes se les suministró. Algunas veces fue la sanidad lo que preparó el camino para la aceptación del perdón, y otras veces el perdón precedió a la sanidad, llegando después como el sello de este perdón.

Desde las etapas más tempranas del ministerio de Jesús, Él curó a muchos enfermos; gente que estuvo preparada para creer en su propia sanidad. Y de esta manera, el Señor encon-

tró también corazones listos para recibirle como Aquel que es capaz de perdonar sus pecados. Cuando Él vio que el paralítico podía recibir de inmediato el perdón de sus pecados, comenzó con aquello que tiene mayor importancia; después de lo cual, vino la sanidad, la cual puso como un sello del perdón que aquel hombre ya había recibido mediante la palabra de Jesús.

Podemos observar, en la narración de los Evangelios, que en aquel tiempo era más difícil para los judíos creer en el perdón de sus pecados que en la sanidad divina. Ahora es lo contrario. La Iglesia Cristiana ha escuchado tantas predicaciones en referencia al perdón de pecados que el alma sedienta recibe con facilidad este mensaje de gracia; sin embargo, no es lo mismo para el caso de la sanidad divina; pues ya que, al predicar poco sobre el tema, los creyentes que tienen tal experiencia resultan ser pocos.

Es verdad que no se suministra la sanidad hoy como lo era en aquellos días, en donde las multitudes que venían a Cristo para ser sanadas recibían su sanidad sin una conversión previa. Hoy, a fin de recibirla, es necesario comenzar por la confesión de pecados teniendo en mente el propósito de vivir una vida santa. Esta es sin duda la razón por la que la gente encuentra

más dificultoso creer en la sanidad antes que en el perdón; y esto también es la razón de que aquellos, quienes reciben sanidad y al mismo tiempo la bendición espiritual, se sienten más íntimamente unidos al Señor y aprenden a amarle y a servirle mejor. La incredulidad puede intentar separar estos dos dones, pero ambos siempre estarán unidos en Cristo. Él es siempre el mismo sanador, tanto del alma como del cuerpo, y Él está siempre igualmente presto para otorgar tanto perdón como sanidad. El redimido siempre puede clamar: «Bendice alma mía a Jehová... Él es quien perdona todas tus iniquidades, El que sana todas tus dolencias» (Salmos 103:3f).

## CAPÍTULO II

# POR VUESTRA INCREDULIDAD

*«Viniendo entonces los discípulos a Jesús, aparte, dijeron:  
¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera?... Jesús les  
dijo: Por vuestra poca fe; porque de cierto os digo, que si  
tuvieréis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte:  
Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible»  
(Mateo 17:19, 20).*

**C**uando el Señor Jesús envió a sus discípulos a distintos lugares de Palestina, Él los dotó con un doble poder: el poder para echar fuera los espíritus inmundos y para sanar toda enfermedad y dolencia (Mateo 10:1). Hizo lo mismo con los setenta, quienes regresaron con gozo, diciendo: «Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre» (Lucas 10:17). En el día de la transfiguración, mientras el Señor todavía estaba en la montaña, un padre de familia trajo a su hijo —quien estaba poseído por un demonio— a los discípulos, pidiéndoles fervientemente ayuda; sin embargo, ellos no pudieron echar fuera

el demonio. Luego, cuando Jesús personalmente vino para curar al niño, los discípulos le preguntaron por qué ellos no habían sido capaces de echar fuera al demonio (tal y como ya lo habían hecho en otras ocasiones); entonces, la respuesta de Jesús fue esta: «por vuestra poca fe». Así que, fue la incredulidad y no la voluntad de Dios, la causa de su derrota.

En nuestros días se cree poco en la sanidad divina, y casi ha desaparecido de la Iglesia Cristiana. Alguien podría preguntar la razón, y estas son las dos razones que pueden darse: la mayor parte piensa que los milagros —incluido el don de sanidad— estuvo limitado al tiempo de la iglesia primitiva, cuyo objetivo fue establecer el primer fundamento del cristianismo; pero desde aquel entonces, las circunstancias fueron alteradas. Otros, afirman sin dudar, que si la Iglesia ha perdido esos dones es su culpa; que la razón por la que el Espíritu actúa tan débilmente en ella es porque se ha vuelto mundana; que es porque no ha permanecido en relación directa y habitual —y a plenitud— con el poder sobrenatural de Dios; pero que si sus hombres y mujeres volvieran a una vida de fe y del Espíritu Santo, y regresaran a una entera consagración a su Dios, ella volvería a ver la manifestación de esos dones como en los antiguos

tiempos. ¿Cuál de las dos opiniones coincide más con la palabra de Dios? ¿Es acaso por la voluntad de Dios que *los dones de sanidad* han sido suprimidos, o es más bien el hombre el responsable de esto? ¿Es la voluntad de Dios que no existan milagros? ¿Es esta la causa por la que Dios ya no otorga la fe que los produce? O ¿es más bien la Iglesia la culpable debido a su falta de fe? ¿*Qué es lo dicen las Escrituras?* La Biblia no nos autoriza, —bien por las palabras del Señor o bien por las de sus apóstoles— a creer que los dones de sanidad fueron otorgados únicamente en el tiempo de la iglesia primitiva. Por el contrario, las promesas que Jesús dio a los apóstoles cuando les dio instrucciones concernientes a su misión —un poco antes de su ascensión—, podemos aplicarlas a todos los tiempos (Marcos 16:15-18). Pablo coloca los dones de sanidad entre las operaciones del Espíritu Santo. Santiago da un mandamiento preciso respecto a este asunto sin restricciones de tiempo. La totalidad de las Escrituras declaran que estas gracias serán otorgadas de acuerdo con la medida del Espíritu y de la fe.

También se argumenta que en el comienzo de una nueva dispensación Dios obró milagros, que ese es su curso ordinario de acción; sin embargo, este argumento no tiene ningún peso.

Piensa por un momento en la gente de Dios en la dispensación pasada, en el tiempo de Abraham, a través de toda la vida de Moisés, en el éxodo de Egipto, cuando Israel estuvo al mando de Josué, en el tiempo de los Jueces y de Samuel, o bajo el reinado de David y otros reyes piadosos hasta los tiempos de Daniel; durante más de mil años siempre hubo milagros.

Se dice que los milagros eran más necesarios en los primeros días del cristianismo que luego. Pero ¿qué del poder del paganismo incluso en nuestros días, donde sea que el Evangelio busque combatirlo? Es imposible admitir que los milagros deberían haber sido más necesarios para el caso de los paganos de Éfeso (Hechos 19:11, 12), que para los paganos de África en nuestros días. Y si pensamos en la ignorancia y la incredulidad que impera aun en medio de las [consideradas] naciones cristianas, ¿no somos más bien conducidos a concluir que hay una necesidad de la manifestación de los actos sobrenaturales de Dios para dar sustento al testimonio de los creyentes y para probar que Dios está entre ellos? Además, entre los mismos creyentes, ¡hay tanta duda! ¡hay tanta debilidad! Su fe necesita realmente un despertamiento. Necesita ser estimulada por la prueba evidente de la presencia del Señor en sus medios. Una



parte de nosotros consiste en carne y sangre; y es precisamente en nuestra carne y nuestra sangre que Dios desea manifestar su presencia.

A fin de probar que es la incredulidad de la iglesia lo que ha provocado la pérdida del don de sanidad, veamos lo que la Biblia dice al respecto. ¿No es ella la que frecuentemente nos pone en guarda en contra de la incredulidad, y en contra de todo lo que nos aleja y separa de nuestro Dios? ¿Acaso no es la misma historia de la Iglesia la que nos muestra la necesidad de tales advertencias? ¿No es ella la que nos proporciona numerosos ejemplos de retrocesos, en donde el placer mundano ha debilitado la fe, casos en donde el espíritu del mundo ha tomado un plano superior? Pues la fe sobrenatural de Dios es solamente posible para quien vive en el mundo invisible.

Hasta el tercer siglo, hubo bastantes sanidades mediante la fe en Cristo; no obstante, en los siglos subsecuentes, se presentaron menos y menos. ¿Acaso no estamos enterados —por lo que dicen las Escrituras— que siempre la causa de que la mano de Dios no se moviera poderosamente fue la incredulidad?

¡Oh, si pudiéramos aprender a creer en las promesas de Dios! Dios no ha abandonado sus promesas. Jesús sigue siendo el

mismo que sana tanto el alma como el cuerpo; la salvación nos ofrece —incluso hoy en día— sanidad y santidad, y el Espíritu Santo está siempre presto para darnos las manifestaciones de su poder. Todavía el día de hoy, cuando nos preguntamos por qué este poder divino no se ve frecuentemente entre nosotros, su respuesta es la misma: «Por vuestra incredulidad». De la misma manera en que nos avocamos a la experiencia de la santificación personal por la fe, así también experimentaremos la sanidad divina por la fe. Estas dos doctrinas caminan a la par. Entre más el Espíritu de Dios vive y actúa en el alma de los creyentes, más se multiplicarán los milagros por Aquel *que trabaja* en el cuerpo. Así, el mundo podrá reconocer lo que la redención significa.

### CAPÍTULO III

## JESÚS Y LOS MÉDICOS

*«Pero una mujer que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre, y había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor, cuando oyó hablar de Jesús, vino por detrás entre la multitud, y tocó su manto. Porque decía: Si tocare tan solamente su manto, seré salva. Y en seguida la fuente de su sangre se secó; y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel azote» (Marcos 5:25-34).*

**P**odemos estar agradecidos con Dios por habernos dado a los médicos. Su vocación es una de las más nobles, pues un gran número de ellos la ejercen con amor y compasión, de manera que son capaces de aliviar los males y sufrimientos que azotan a la humanidad como resultado del pecado. Inclusive, hay algunos de ellos que son fervientes siervos de Jesucristo, y quienes también buscan el bien del alma de sus pacientes. Sin

embargo, es siempre Jesús mismo quien es el más grande y el mejor de los médicos.

Jesús sana enfermedades que los médicos de la tierra no pueden curar, puesto que el Padre le dio este poder cuando encargó a Él el trabajo de la redención. Jesús, al llevar sobre Él nuestro cuerpo humano, lo liberó del dominio del pecado y de Satanás; Él hizo de nuestros cuerpos el templo del Espíritu Santo y miembros de su propio cuerpo (1 Corintios 6:15, 19), y aun en nuestros días, ¡cuántos han sido aquellos, quienes desahuciados por los médicos —quienes prescribieron para ellos enfermedades como incurables, casos tales como tuberculosis, gangrena, parálisis, hidropesía, ceguera, sordera, etc. —, han sido sanados por Él! ¿No es increíble, con todo y esto, que tan sólo un puñado de personas recurren a Él?

El método de Jesús es muy diferente al empleado por los médicos terrenales. Ellos buscan servir a Dios al hacer uso de los remedios encontrados en el mundo natural, y Dios hace uso de esos remedios de acuerdo con las leyes naturales, en correspondencia a las propiedades naturales de cada uno; mientras que la sanidad que proviene de Jesús es de un orden totalmente diferente: Jesús sana mediante el poder divino, el poder del

Espíritu Santo. La diferencia entre estos dos modelos de sanidad es muy acentuada. A fin de entenderlo mejor, tomemos un ejemplo: aquí tenemos un médico, un hombre incrédulo, pero extremadamente capaz en su profesión. Este médico ha podido ayudar a muchos enfermos a recuperar su salud. Dios da este resultado mediante los remedios prescritos y el conocimiento del médico de estas medicinas. Luego tenemos a otro médico, uno creyente, quien ora a Dios por su bendición en cuanto a las medicinas que emplea. En este caso, también gran número de personas son ayudadas a recuperar su salud, sin embargo, en ninguno de los dos casos la sanidad efectuada trae consigo bendición espiritual. Ellos estarán preocupados, incluso los que son creyentes entre ellos, mucho más por la eficacia de las medicinas y métodos empleados que de aquello que el Señor esté haciendo con estas cosas, y en tal caso, su sanidad será más dañina que beneficiosa. Por el contrario, cuando el enfermo acude solamente a Jesús para obtener su sanidad, él aprende a dar reconocimiento, no a los remedios o medicinas, sino al Señor; aprende a poner su vida en directa relación con el amor y la omnipotencia de Cristo. A fin de obtener tal sanidad, el sujeto necesita confesar sus pecados, renunciar a ellos y ejercitar una

fe viva. Entonces la sanidad vendrá directamente del Señor, quien toma posesión del cuerpo enfermo, y así, la bendición del Señor será tanto para el cuerpo como para el alma.

Pero, «¿no es Dios el que ha dado los remedios y medicinas al hombre?» —alguien puede preguntar—. «¿Acaso no es del mismo Dios de quien viene el poder para sanar cuando se hace uso de la atención médica?» Sin lugar a dudas; no obstante, por el otro lado, ¿no fue Dios quien nos dio a su Hijo con todo el poder para sanar? ¿Seguiremos el camino de la ley natural —el que siguen todos aquellos que no conocen a Cristo, y el de todos aquellos de sus hijos, cuya fe es todavía tan débil como para abandonar la omnipotencia de Dios—; o en vez de ello, elegiremos el camino de la fe y recibiremos la sanidad del Señor y de su Espíritu Santo, y con ello el resultado y prueba de nuestra redención?

La sanidad que efectúa el Señor Jesús trae consigo —y nos deja— una bendición mucho mayor a la que es otorgada por los médicos terrenales. La sanidad del cuerpo a través de los médicos terrenales ha resultado en desgracia para más de una persona. Frecuentemente llegan a la mente del enfermo, al estar postrado en cama, pensamientos serios respecto a su propia

vida, sin embargo, al recuperarse, ¡nuevamente se aparta del Señor! Esto no sucede cuando el enfermo es sanado por Jesús. La sanidad es otorgada después de la confesión del pecado, y por lo tanto, lleva al sufriente a estar más cerca de Cristo, y establece un nuevo vínculo con Él. El resultado de esto es la experiencia maravillosa del amor y el poder del Médico divino al comenzar, dentro del antes enfermo, una nueva vida de fe y de santidad. Cuando aquella mujer que tocó el borde del manto de Cristo sintió que había sido sanada, ella aprendió algo de lo que significa el amor divino, pues le fueron dadas las palabras del Señor: «Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz» [Lucas 8:48].

¡Oh, que cualquiera que padece alguna enfermedad hoy sepa que el soberano Sanador todavía está en nuestros medios! Él está cerca de nosotros, y está dando nuevamente a su iglesia pruebas fehacientes de esa presencia. ¿Estás listo para romper con el mundo y abandonarte a Él con fe y confianza? Entonces no temas, recuerda que la sanidad divina es una parte de la vida de fe. Si nadie está cerca para ayudarte en oración, si no hay *un anciano* de la iglesia cerca, quien pueda ayudarte para orar la

oración de fe, no temas ir tú mismo al Señor en la soledad, tal y como lo hizo la mujer que tocó el borde de su manto.

Haz un acuerdo con Él de cuidar de tu cuerpo. Humíllate delante de Él y como aquella pobre mujer, di: «Seré sana». Quizá tome algún tiempo romper las cadenas de tu incredulidad, pero algo es seguro: ninguno que espera en Él será avergonzado (Salmos 25:3).



## CAPÍTULO IV

# SALUD Y SALVACIÓN EN EL NOMBRE DE JESÚS

*«Y por la fe en su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre; y la fe que es por él ha dado a éste esta completa sanidad en presencia de todos vosotros... sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano... Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 3:16; 4:10, 12).*

**L**uego del Pentecostés, se registra la sanidad de un paralítico sentado a la puerta del templo mediante el ministerio de Pedro y Juan. Ellos le dijeron, «en el nombre de Jesús de Nazaret, levántate y anda»; y tan pronto como la genta perpleja ante aquel hecho se reunió para saber más sobre el asunto, Pe-

dro les declara que fue el nombre de Jesús la razón por la que aquel hombre estaba de pie ahora, totalmente sano.

Como resultado de este milagro y del discurso de Pedro, mucha gente que escuchó la Palabra creyó (Hechos 4:4). Al día siguiente, Pedro repitió estas mismas palabras ante el Sanedrín: «En el nombre de Jesucristo de Nazaret... por él este hombre está en vuestra presencia sano»; y entonces agregó, «Porque no hay otro nombre bajo el cielo... en que podamos ser salvos». Esta declaración de Pedro nos dice a nosotros también que el nombre de Jesús sana y salva. Tenemos aquí una enseñanza muy importante en relación a la sanidad divina.

Vemos que la sanidad [del alma] y la salud [del cuerpo] forman parte de la salvación otorgada por Cristo, ¿no lo declaró claramente Pedro en su discurso ante el Sanedrín, en donde, habiendo hablado de la sanidad, inmediatamente va al tema de salvación otorgada por Cristo? (Hechos 4:10, 12). En el cielo, aun nuestros cuerpos tendrán parte en la salvación; la salvación no estará completa para nosotros hasta que nuestros cuerpos gocen de la entera redención de Cristo. ¿Por qué no habremos de creer en este trabajo de redención mientras estamos aún en

la tierra? Incluso aquí, en la tierra, la salud de nuestros cuerpos es un fruto de la salvación que Jesús adquirió para nosotros.

Vemos también que tanto la salud como la salvación se obtienen por la fe. La tendencia del hombre, por naturaleza, es tratar de conseguir su salvación mediante sus obras, y es solamente con dificultad que recibe esta salvación por medio de la fe. Pero cuando se trata de la sanidad del cuerpo, tiene todavía más dificultad en apoderarse de ella. En cuanto a la salvación, él termina yendo por el camino de la fe, puesto que no hay otra manera de entrar al cielo, mientras que para el cuerpo prefiere hacer uso de la atención médica. ¿Por qué debería buscar la sanidad divina? Bienaventurado el que entiende que esta es la voluntad de Dios; que Dios quiere manifestar el poder de Jesús, y revelarnos su amor paternal; Él quiere que ejercitemos nuestra fe y la confirmemos, y que nuestra sanidad sirva para probar el poder de la redención que fue efectuada tanto en el cuerpo como en el alma. El cuerpo es parte de nuestro ser; e incluso, el cuerpo ha sido salvo por Cristo; por lo tanto, es ahí, en nuestro cuerpo, en donde el Padre desea manifestar el poder de la redención y que los hombres vean que Jesús vive.

¡Oh, creamos en el nombre de Jesús! ¿No fue en el nombre de Jesús que aquel hombre paralítico pudo gozar de una salud perfecta? ¿No fueron pronunciadas las palabras: «tu fe te ha hecho sano» al tiempo de esta sanidad? Busquemos entonces obtener sanidad divina.

En dondequiera que el Espíritu actúa con poder, Él opera sanidades divinas. ¿No parecería que, si hubo algún momento de la historia en donde los milagros pudieran ser superfluos, fue precisamente en el tiempo del pentecostés, tiempo en el que la palabra de los apóstoles obraba milagrosamente, y en el que el derramamiento del Espíritu era abundante? Bueno, es precisamente porque el Espíritu actuó poderosamente, que su obrar debió ser visible en el cuerpo. Si la sanidad divina raramente es vista en nuestros días, no podemos atribuirla a otra cosa sino a que el Espíritu no actúa con poder. La incredulidad de los mundanos y la falta de celo entre los creyentes detiene su obra. Las sanidades que Dios da aquí y allá son la señal precursora de toda la gracia espiritual que Él nos ha prometido, y es solamente el Espíritu Santo, quien revela la omnipotencia del nombre de Jesús, el que opera tales sanidades. Oremos pues fervientemente por el Espíritu Santo, coloquemos nuestras vidas sin re-

servas bajo su dirección, y mantengámonos firmes en la fe en el nombre de Jesús, ya sea en la predicación de la salvación o en la obra de sanidad.

Dios otorga la sanidad al enfermo para glorificar el nombre de Jesús. Busquemos ser sanos por Jesús, para que su nombre sea glorificado. Es triste ver lo poco que es reconocido el poder de su Nombre, y el poco resultado de la predicación y la oración. En el nombre de Jesús están escondidos los tesoros de la gracia divina; tesoros de los que los cristianos se privan a sí mismos debido a la falta de fe y de celo. La voluntad de Dios es glorificar a su Hijo en la iglesia, y Él lo hará toda vez que encuentra fe. Ya sea entre los creyentes o entre los paganos, Él está presto para derramar virtud de lo alto para despertar las conciencias, y traer los corazones a la obediencia. Dios está presto para manifestar la omnipotencia de su Hijo en maneras sorprendentes tanto en el cuerpo como en el alma. Creamos esto para nosotros mismos, creámoslo para otros, para el círculo de creyentes alrededor nuestro, y también para la Iglesia de todo el mundo. Permitamos para nosotros mismos creer con una fe firme en el poder del nombre de Jesús, pidamos cosas grandes en ese poderoso Nombre, traigamos a nuestra mente

su promesa, y veremos que Dios todavía hace maravillas mediante el nombre de su santo Hijo.

## CAPÍTULO V

# NO ES POR NUESTRO PODER

*«Viendo esto Pedro, respondió al pueblo: Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto? ¿o por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a éste» (Hechos 3:12).*

**T**an pronto como aquel paralítico fue sanado a la puerta del templo mediante el ministerio de Pedro y Juan, la gente corrió a ellos. Pedro, al ver la posibilidad de que este milagro pudiera atribuirse a poderes extraordinarios que ellos tuviesen o a la santidad de ellos, no pierde un segundo en dejar claro que la gloria de este milagro pertenecía únicamente a Jesús, y que en Él es en quien todos deben de creer.

Pedro y Juan indudablemente estaban llenos de fe y de santidad; tal vez ellos eran los siervos de Dios más santos y más celosos sobre la tierra en aquel tiempo, de otra manera Dios no los hubiera elegido como instrumentos en este caso de sanidad. No obstante, ellos sabían que la santidad que irradiaba su vida

no era de ellos, ellos sabían que era la santidad de Dios mediante el Espíritu Santo. Ellos piensan tan poco respecto a ellos mismos que ignoran su propia santidad y se concentran en saber tan sólo una cosa: que todo el poder pertenece a su Maestro. Por tanto, ellos se apresuran a declarar que ellos no tienen nada que ver en el asunto, que esto es algo que el Señor ha hecho, Él y Él solo. Este es el objetivo de la sanidad divina: ser una prueba del poder de Jesús, un testimonio a los ojos de los hombres de lo que Él es al proclamar su intervención divina, y así atraer los corazones a Él. «No es por nuestro poder o piedad». Así es como hablan aquellos en los que Dios se complace en usar para ayudar a otros mediante la fe.

Es necesario insistir en esto debido a la tendencia de los creyentes a pensar lo contrario. Aquellos que han recuperado su salud en respuesta a la «oración de fe», [«la oración eficaz del justo puede mucho» (Santiago 5:16)], están en peligro de ocuparse tanto en el instrumento humano que a Dios le ha placido usar, que piensan que el poder reside en la piedad del hombre.

Indudablemente que la oración de fe es el resultado de la devoción a Dios, pero los que la poseen son los primeros en reconocer que ésta no proviene de ellos mismos, ni de sus esfuer-



zos propios. Ellos temen robar la gloria al Señor aun en lo más mínimo, pues saben que la totalidad de la gloria pertenece a Él. Saben también, que si lo hacen, estarían obligando al Señor a retirar su gracia de ellos. Es tanto su deseo de ver las almas —las que Dios ha bendecido mediante ellos— entrar en una comunión directa y cada vez más íntima con el Señor Jesucristo mismo, (pues este debe ser el resultado de su sanidad), que insisten en que el milagro no fue de manera alguna causado por su santidad o poder.

Tal testimonio de su parte es necesario para dar contestación a las acusaciones erróneas de los incrédulos. La iglesia de Cristo necesita escuchar claramente que es por causa de su mundanidad e incredulidad que ella ha perdido los dones espirituales (1 Corintios 12:9), y que el Señor restaurará a aquellos que, con fe y obediencia, han consagrado sus vidas a Él. Esta gracia no puede reaparecer sin ser precedida por una renovación de la fe y la santidad. Pero entonces (dice el mundo y con él un gran número de cristianos): «Estas reclamando la posesión de un orden superior de fe y santidad, y eso quiere decir que te consideras a ti mismo más santo que otros». Para dar contestación a estas acusaciones, la declaración de Pedro es la única contesta-

ción —ante Dios y ante el ser humano—, que procede realmente de una vida de humildad profunda. «No es por nuestro poder o humildad». «No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, Sino a tu nombre da gloria, Por tu misericordia, por tu verdad» (Salmos 115:1).

Tal testimonio es también necesario, teniendo en cuenta nuestro propio corazón y los engaños de Satanás. En tanto a causa de la incredulidad de la Iglesia, los dones de sanidad son escasos, aquellos pocos hijos de Dios que han recibido tales dones están en peligro de enorgullecerse de ellos, y de creer que tienen en ellos mismos algo excepcional, algo meritorio. El enemigo jamás se olvidará en perseguirlos con estas insinuaciones; y pobre de ellos, si le prestan oído. Por el otro lado, ellos tampoco son ignorantes de sus artimañas; por tanto, estos siervos de Dios necesitan orar continuamente al Señor para que les mantenga en humildad, el medio genuino de obtener continuamente más gracia. Si ellos perseveran en esta humildad, reconocerán que entre más Dios les use, más necesitan estar compenetrados con la convicción de que Dios, y solamente Él es quien trabaja a través de ellos, y que toda la gloria le perte-

nece sólo a Él. «Pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (1 Corintios 15:10). Esta es la consigna.

Finalmente, este testimonio es útil para el pobre individuo que anhela sanidad, aquel que desea recibir a Cristo como su Sanador. Ellos escuchan de consagración total y obediencia completa, pero desarrollan una falsa idea de ello. Piensan que deben por sí mismos intentar ascender a un grado más alto de conocimiento y perfección, sin embargo, terminan cayendo presa del desaliento. No, no así, no es por nuestro poder o santidad que obtenemos esos favores, sino por una fe sencillísima, por la fe de un niño; una fe que sabe que no tiene ningún poder o santidad propias, y que se compromete a sí misma completamente a Aquel que es fiel, y cuya omnipotencia es capaz de cumplir su promesa. ¡Vamos! ¡No busquemos hacer nada o ser algo por nuestra cuenta! Pues solamente cuando nos sentimos totalmente impotentes y cuando esperamos que *todo* provenga de Dios y de su Palabra, que podemos darnos cuenta de la gloriosa manera en que el Señor sana la enfermedad: *por la fe en su Nombre*.

Usted ya leyó un 20% de libro disponible gratuitamente. Puede adquirir el libro entero mediante [nuestra página](#).

Confiamos que la lectura de este libro haya sido de gran bendición para su vida. Mucho nos ayudará a seguir adelante si nos otorgara tan sólo un minuto de su tiempo para escribir [un comentario](#) respecto a [este](#) libro. Si desea, puede participar en el sorteo de un libro en papel gratis (el libro que usted escoja de nuestra librería <https://www.palabra-pura.com/libros-cristianos/> con envío gratuito en EE.UU.) si nos envía la prueba de que escribió un comentario en Amazon. Estamos regalando un libro por cada diez comentarios en Amazon. Puede enviarnos esto a [info@palabra-pura.com](mailto:info@palabra-pura.com)